

Daniel Touro Linger

# Dangerous encounters: meanings of violence in a Brazilian city

Standford University Press, Standford, 1992

¿Por qué la violencia? Tiene algún papel la violencia en la identidad brasileña, cuyos mitos de origen remiten a visiones contrastadas y opuestas, según una de las cuales el Brasil es armonía y alegría y, según la otra, la violencia está históricamente enraizada y aumenta cada día? Estas preguntas que remiten a la violencia como fenómeno general y a las formas particulares, culturalmente modeladas de la violencia y a los dilemas que plantea, guían el libro de Touro Linger.

El libro va explorando capas sucesivas de situaciones y de interacciones de la vida cotidiana de los sectores populares de San Luis, Marañon, en el nordeste del Brasil. Cada forma de interacción revela su articulación a un conjunto de símbolos significativos, que conforman el sistema de integraciones parciales que es una cultura particular, dice Touro con base en Geertz (1966). Estas interacciones sociales se fundamentan en modelos cognitivos, culturales por su naturaleza, pero con expresiones psicológicas e idiosincráticas. En ellas, la violencia es una alternativa en la dinámica de eventos, alternativa que se construye en la confrontación interpersonal, de manera tensa y dramática, con base en los modelos culturales aprendidos.

El libro analiza dos tipos de eventos en apariencia opuestos: el carnaval, festejo anual de regocijo popular donde se supone que se suavizan las barreras sociales y se permite la expresión de comportamientos inusuales. Y las riñas (*briga*, en portugués), cargadas de agresión, intransigencia y rabia, muchas de las cuales terminan en la muerte de alguien.

La evidencia estudiada por Touro Linger muestra que en el carnaval se expresa una agresión burlesca, juguetona, donde se recurre a las pantomimas, a arrojar agua y harina, se baila y bebe, dentro de una amplia participación pública en la fiesta. Pero también cada año la violencia está presente en ella. Explotan riñas, encuentros cuya escalada violenta puede desembocar fatalmente. La agresión burlesca del carnaval puede con facilidad deslizarse hacia interacciones violentas, que revelan una tensión que subyace en el carnaval. El carnaval significa para los sanluisenses alivio de la vida diaria, permisividad sexual, liberación de la rutina cotidiana, distensión. “Todo vale”, en él. Como desahogo (*desafabo*), ofrece la posibilidad de quitarse la máscara de la sumisión cotidiana personal, existencial, con una dimensión política también. Para los sectores populares no es sólo la li-

beración temporal de la normatividad social que siente cualquier miembro de la sociedad. El carnaval ofrece la posibilidad de sacudir el peso de la deprivación y humillación de las capas populares en una sociedad jerarquizada, con profundas desigualdades y un trato arbitrario en las relaciones entre las capas sociales. El poder está allí muy concentrado y se ejerce de manera que lesiona la dignidad personal y deja un resollo de resentimiento y amargura.

Pero el juego tiene límites. Existe una frontera, por todos conocida, donde la subversión del orden social está restringida. La crítica política está limitada, tanto como la permisividad sexual. El Estado y el control social se encargan de confinar la fantasía de libertad. Pero la agresividad personal, la agresión interpersonal, escapan con frecuencia a los controles. En el traspaso de la frontera entre el desahogo y la provocación, que es el paso de la agresión festiva a la agresión personal, surge la *briga*.

Los festejos rituales, como el carnaval, dice el autor, suelen entenderse como actos catárticos, que llevan a la reafirmación de las normas sociales, precisamente a través de su inversión temporal. Pero la vecindad

entre la norma y su transgresión desborda esa función reguladora del ritual. A menudo estos no confirman sino que desafían lo oficial, e incluso pueden dar lugar a la rebelión. La inversión simbólica puede proporcionar una imagen polivalente, de significado político ambiguo, bien hacia el orden o hacia su contrario, de manera que comunica mensajes diversos y contradictorios. El carnaval brasileño es multivalente y ambiguo, de manera que puede tener significados diferentes para las diferentes personas. En el carnaval, la utopía es precaria, se rompe con facilidad cuando irrumpen las contradicciones de la vida real. La visión utópica que ofrece de la sociedad, se ve repentinamente confrontada por "un mundo real insistente (...) de competencia, jerarquías, frustración y violencia" (p. 13). Allí un acto inocente puede tomar el sentido de una agresión.

Con la noción de Bateson de marcos cognitivos (1955), Touro Linger busca entender esos rituales como interpretados de acuerdo con marcos previos de referencia, que sirven para comprender las relaciones interpersonales y guían la secuencia de acciones y reacciones. Carnaval y briga pueden verse como eventos, es decir, como hechos observables de interacciones sociales y también como entidades conceptuales que guían la interacción, como escenarios cognitivos. Son escenarios inter-subjetivos y son eventos con productos interactivos de aquellos que comparten el escenario

cognitivo. Significado y motivación en ellos están culturalmente conectados. La noción compartida, se basa en una teoría popular sobre la naturaleza de la vida mental. Según ésta, las interacciones armoniosas cara a cara, dependen fundamentalmente de la capacidad de cada cual de sobreponerse a sus propias tensiones y a las emociones internas destructivas, que hacen parte de la estructura psicológica. Frente a los desafíos, las humillaciones y las provocaciones, la razón, debe vencer a la emoción inmediata y al deseo de descargar la propia tensión, debe mantener el equilibrio, ignorándolos, en una ardua lucha interna, alimentada por expectativas sociales contradictorias.

Evitar la violencia que se deriva, en mayor o menor grado una vez que alguien responde a una provocación o toma como tal una acción inocente, requiere entonces un esfuerzo peculiar de autocontrol y sobretodo, puede significar la elección entre someterse a costa de la propia dignidad o arriesgarse a entrar en una espiral aventurada de violencia. No es casual que las *brigas* ocurran entre los sectores populares y no en todas las clases sociales. Tampoco que sean eventos con protagonistas centrales masculinos, aunque Touro Linger no se detenga en la forma diferencial en que participan hombres y mujeres de esas formas de interacción social. Para él son las frustraciones e insatisfacciones de la vida social y en particular las que se derivan de su posición en la base de la jerarquía social, las

que empujan a explosiones en las interacciones sociales. Por un lado, producen el alivio de la autoafirmación, pero por otro, son fallas en el patrón de equilibrio psicológico esperado.

En el análisis de los "encuentros peligrosos" se adopta la perspectiva de la acción social como unidad de análisis, donde son los eventos sociales, actos significativos, sus constituyentes básicos. Esta perspectiva tiene la ventaja de dar énfasis a la construcción cultural de la realidad y al comportamiento humano como interpretado por comprensiones culturales particulares que no son objetivas ni incontrovertidas (Barth, 1992, en: Kuper, 1992). Pero, no escapa a la oposición entre teorías que enfatizan la acción individual y aquellas con aproximaciones más estructurales (Kuper, 1992), pues, si bien los escenarios culturales, carnaval y riña se vinculan a redes sociales más amplias, el juego de las interacciones situacionales absorbe el análisis, para apenas delinear aquellas y sus matices de género y clase. El papel de la violencia en la identidad social brasileña y de otras sociedades como la colombiana, queda, sin embargo, planteado con la complejidad de los dilemas humanos que encierra.

**Myriam Jimeno**, antropóloga, profesora de la Universidad Nacional.